

# Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

ABELLA, ARTURO. *Don dinero en la independencia.*  
Bogotá, Lerner, 1966. 210 p.

En América Latina un escritor es el que dice lo que  
muchos callan.

Carlos Fuentes.

Para meterme en los vericuetos de este libro, dejo antes a la consideración del lector el recordar o no que la historia es una manera peligrosa de pensar. Pues ella no permite, en esencia, determinar los hechos, sino interpretarlos; por mucho que trate, quien los manipule no puede limitarse a definir su carácter. Podrá o no criticarlos, esto es, conferirles un valor de acuerdo con su filosofía de la vida y con sus sentimientos personales, pero nada le autorizará a soslayar su realidad misma. Desde este punto de vista, el historiador encarna —como se ha dicho— al profeta. Solo que a un profeta vuelto del revés. Y si se logra entender esto, sus libros tendrán, parejamente, un gran poder de persuasión con vista tanto al presente como al futuro. “Escrutamos la historia con una curiosidad que está henchida de esperanza pero, a la vez de angustia y preocupación”, afirmó acaso por ello uno de los historiadores próceres de la lengua alemana, y también porque la historia trata de “esclarecer la situación actual”. Y dejo, en efecto, tal consideración al lector, consideración sobre lo profético de la historia que podemos llamar la paradoja esencial del pasado, toda vez que mucho más me interesa, dentro de un medio como el colombiano, sensibilizado, o mejor aún, traumatizado por una falsa noción de la gravedad y de la importancia, despejar de entrada una falacia que se ha acumulado sobre *Don dinero en la independencia* y, claro está, sobre su autor. Se afirma que él, dejándose llevar de ciertas obsesiones históricas y de un pensamiento nihilista, construye sus libros con **residuos** y con los **detritus** de la vida humana; con lo que en nuestras crónicas y fastos, grandes o pequeños, debiéramos de cubrir piadosamente. Mas ello —que equivaldría a seguir en alguna forma la escuela de Pareto— conforma, y por lo que toca a los impugnadores de Abella, un viejo lastre de prejuicios y no mal disimulados sectarismos. Lo que hace este autor es enfrentarse —y esto, como se verá al final, en ningún



momento equivale a otorgarle plenarias excelencias— con un culto dogmático y abstracto. ¿Es que la historia colombiana ha podido superar la esclerosis burguesa, el dogmatismo tiránico de los clisés, la actitud polizone de sus propietarios y, con dejos de arte pompiere, el pudor de quererla ver a toda costa heredera impecable del amor platónico? Por una u otra razón, dentro de nuestros propósitos y anhelos colectivos y personales debe estar en primera línea el honrar y venerar a los hombres eximios de la patria, y al mismo tiempo, para que ese homenaje sea justo, el repudiar sus actos ruines. (1).

Quizá resulte oportuno relatar aquí mi propia experiencia con relación a nuestra historia patria. Los teólogos hablan del *habitus creditivus* para señalar el entumecimiento de la función intelectual, y esto fue lo que me aconteció cuando, leyendo mis cuadernos de la escuela y luego mis textos de segunda enseñanza, la historia de Colombia, comprimida allí y perfectamente embalsamada de vanidades, se me impuso como una especie de “misticismo histórico”. O sea como una boba propensión a verla color de rosa, enfática y solemne, sin que, a lo sumo, cupiera la menor objeción venial de tan convencional *happy ending*. Tenía que creer con fe de carbonero en las realizaciones de estos hombres cuyas vidas ocupaban las páginas de aquellos cuadernos y textos; pero no así como así. Debía yo pensar, además, que eran gentes sin mácula y que si se escarnecían unos a otros tenía que ir a buscar su causa en no sé qué *fatum*, en no sé qué *demonio*, exclusivamente preocupados de apoderarse del alma de los colombianos. ¿Cual no sería mi sorpresa y desde luego mi enojo de párvulo intelectual al leer una vez —las circunstancias me pusieron frente de mi propia realidad— unas páginas de Eudocio Ravines? Por ejemplo, estas que en mi espíritu conmovieron, derrumbándolos, los cimientos del misticismo predicador y pedagogo de esos textos y cuadernos: “Los ideólogos de la independencia incorporaron al acervo político y jurídico, el contrato social y la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, el parlamentarismo, el sufragio universal y hasta esa tradición de lucha contra el absolutismo, herencia genuina del estado feudal. Pero la Independencia y la República, como régimen, conservaron lo medular de la herencia colonial, se marcharon los virreyes, los presidentes de las Capitanías Generales, los veedores y los oidores de las Reales Audiencias; fueron abolidos los tributos que debían pagar las colonias a sus metrópolis, pero quedó vigente ese manantial de absolutismo cerril que ha sido la encomienda en América Hispana. Pese a sus ampulosos juramentos, a su retórica relumbrante y a su historial heroico, la Independencia no alteró los fundamentos. La Independencia tuvo mucho de fronda de segundones, convertidos en mayorazgos en la América Latina, que se alzaron contra una administración lejana, ineficaz, desesperadamente lenta y onerosa, la que, por otra parte, había ingresado en una era de bancarrota. La República bajo tal orientación aportó cambios, pero no transformaciones. Los regímenes no correspondieron a las ideas; la práctica no estuvo ligada a la teoría, ni las formas tuvieron relación con el contenido”.

Educado, pues, dentro de la creencia de la grandeza humana, la supremacía de la razón y la infinitud del progreso —ideales característicos de los siglos XVIII y XIX— el pensamiento de Ravines tuvo que parecer-



me, por fuerza, delito de lesa patria, aunque socabara definitivamente, como dije, mi credulidad juvenil. Aparte de que dicha educación me negó ver el cada día más creciente antagonismo, merced a la mecanización progresiva de la sociedad de un país subdesarrollado como el mío, entre la dignidad del hombre y la enajenación de este mismo. Es más: en ninguno de tales textos se me ofreció siquiera un indicio de ciertas filosofías e ideas políticas, no obstante estar por entonces en camino de dominar medio mundo. Pero no nos salgamos de la historia, y sobre todo, del pensamiento de Ravines. Porque este nos va a conducir a una *theoria* —es decir, a una visión intelectual— nueva de la independencia y, a la postre, al libro de Abella. Evidentemente, meditando yo en los acontecimientos que bien hubieran podido o no describirnos las palabras de Ravines, ya que siempre han estado palpitando en el fondo de la historia latinoamericana con estremecimiento de víscera, noté que, pese a su veracidad, tenían algo deficiente si se enunciaban sin más. Justamente como lo hacía este escritor. Entonces me dí a la tarea de buscar una red amplia, verdaderamente auténtica, dentro de la cual cupiera aquel repertorio de sucesos y, ante todo, que lo explicara de manera definitiva. Así, llegué a la *theoría* de la **implosión** en la Independencia. Como en un libro la expongo con sobra de detalles, me limito ahora a lo esencial.

Helo acá. Fue la Independencia el resultado de la colisión entre dos mundos completamente antagónicos, a saber: el del hidalgo y el del burgués. Estamos, por tanto, delante de dos maneras definitivas de concebir la vida con bastantes características dispares dignas de subrayar, pero que conviene dejar reducidas a dos, con objeto de que resalte máximamente mi punto de vista; quiero decir a que la dignidad, para el hidalgo, radica en el ocio, lo cual da igual, en que el trabajo productivo es indigno, y a que, en el burgués, la dignidad consiste en el trabajo económico. Mas nótese; esta colisión —por lo que hace al lado burgués— no la impusieron los españoles, dentro de España y de lo español, aun así haya que citarse en la Península a Jovellanos, Uztariz, Ulloa, Ortiz y a los mercantilistas y, en las colonias, a unos cuantos criollos que no repararon en hundir el escalpelo crítico hasta el exceso. Lo mismo que a los llamados virreyes ilustrados. No. La provocó, a mi juicio, el pensamiento económico, político y social que, allende España, a partir de los siglos XVII y XVIII venía echando las bases del moderno poderío industrial (2). Y por eso se debe hablar, en vez de una **explosión**, esto es, de un auténtico germinar dentro del mundo hispánico de un **ethos** del trabajo, de su fenómeno opuesto: la **implosión**. Pues ¿qué se piensa que aconteció al mundo de valores, de usos y creencias hidalgas o sea hispano-coloniales? Nada menos que recogerse como la madre del caracol. Yo formulo este recogerse o esconderse o comprimirse de la siguiente manera: al principio los valores hidalgos se transforman en subvalores, en infravalores; después son remplazados por elementos que no son hidalgos ni burgueses, hasta un momento en que la “masa” hidalga comienza a contraerse, liberando energía de orgullo que, poco a poco, se transforma en desconcierto. Debido a ello no emite ninguna vigencia efectivamente social. Como la presión burguesa sigue aumentando, se produce una segunda fase. Aparecen, efectivamente, nuevas tentativas de desahogo; estas se escapan y aceleran aún más la contracción de su mundo. En una palabra, este se aplasta sobre sí mis-



mo. No es por consiguiente que se rechace lo burgués: es que se falsifica todo el ser hidalgo para acomodarlo, fraudulentamente, a los mandatos burgueses. Y viceversa. Quiera o no, está inconscientemente comprometido. De donde resultan, como efectivamente ocurrió, esos períodos históricos de textura floja, en los cuales se ignora a ciencia cierta por qué se manda, por qué ha de tomarse este o aquel otro sendero ideológico. ¿No es cierto? ¡Menuda cuestión nos propone la historia de las Patrias bobas!

Lógicamente, empero, no se puede deducir de aquí la necesidad de que si semejantes, casi pariguales, eran las concepciones de vida de España y de sus colonias han debido seguir unidas. O, cuando menos, que la Independencia no se justificó. Mal haría quien así lo juzgase y juzgase mal mi pensamiento. No cabe la sospecha, aun sin aportar mayor reflexión, de que cuando a un mundo vital se le aplasta *ipso facto* pierde su naturalidad espontánea y se hace, según acabo de anotarlo, fraude; desaparece conforme va siendo. Por consiguiente volvamos a la **implosión** aquella y, de rebote, vayámonos aproximando al libro de Abella. Para lo cual debemos preguntarnos: ¿qué se percibe en la sociedad criolla cuyo mando o ambición de mando ocurrió entre 1795 y 1825, en medio de un ambiente contraído como resultado de la **implosión** de los valores hidalgos? Dejemos a un lado lo que no viene rigurosamente a propósito del libro **Don dinero en la Independencia**, y destaquemos que en tal sociedad es evidente, palpable por todos lados, la ausencia con alcance para toda la sociedad de ideas básicas, de directrices mentales ciertas: o como ahora se dice, de no saber qué estructuras podrían convenir al país. Porque una cosa es tener conocimiento y contacto con las nuevas ideas políticas y sociales, y otra muy distinta transformar con ellas a una sociedad. Esto significa que la Independencia careció de una idea específica y tutelar; salvo la muy herrática, la muy humana y universal de la libertad (3). Cosa que no quiere decir que ha debido tener un sistema racional abstracto e intemporal. Esto, lector, equivaldría a envilecer, torcer y degradar un hecho histórico; heroico, además, por muchos factores. Luego lo que trato de hacer ver en este momento no puede caminar ni un palmo por la vía de la estulticia; ni, por otra parte, va a arrojar guijarros contra la vida de los próceres, quienes, sin ejemplo posterior, lavaron con sangre sus yerros humanos. En la historia también se debe gritar: “¡Purifica el aire! ¡Limpia el cielo! ¡Lava el viento!”. De aquí que deba fijarlo con absoluta honestidad mental, expresando: a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, los patriotas, nuestros mártires venerados, únicamente pudieron llevar al plano semi-institucional y semivital, pese a su denodado esfuerzo de crítica, los conceptos de una nueva forma de vida: sentimientos, energías, resoluciones, ideas comunes. Y, por encima de todo, no pudieron haciendo que el pueblo y el Estado las viviera, darles consistencia social. Y es natural. Aun en el caso mejor, se mantuvieron dentro del límite vago de lo burgués y lo hidalgo. Donde primero que todo se siente; como nación y como individuo.

Bien se sabe —para no decir sé— que una nación no piensa. O como arguye R.H.S. Crossman en su **Biografía del estado moderno**, “siente, y siente tan inconsecuente como apasionadamente”. Sin embargo, sería una ilusión pueril tomar este pensamiento por su letra. Naturalmente, las



naciones solo sienten. Pero esa función del sentir no es vacía. ¿Como es posible que una nación, que un pueblo o que una época sientan en hueco? Es claro que sientan algo. Más aún: lo que importa para una nación y para su historia, o para una época o para una civilización, es como sienten y qué sienten en su "centro de gravedad de la conciencia pública". Pues las grandes transformaciones sociales han logrado ser tales, merced a que han pasado, a través de ese centro de gravedad, unas cuantas ideas "seminales". Grecia pasó la idea del Ser; la Edad Media la de Dios; el Renacimiento la de la naturaleza; los siglos XVII y XVIII las del derecho natural y la del individuo, respectivamente, así como ahora, en nuestro siglo, la de la vida. Creamos o no, tenemos que ajustar el pensamiento de Crossman con vista a los períodos estelares y revolucionarios de la humanidad, haciéndola sonar como sigue: una nación no piensa las ideas; las siente, y las siente tan consecuente como apasionadamente, según sea mucho más real, mucho más sabio y mucho más perentorio su anhelo de cambio. No debemos confundir entonces un pensamiento con otro. Toda vez que solo valiéndonos de este último podremos comprender a qué se debió que los próceres colombianos, como todos los latinoamericanos, tuvieron la intuición inmediata del cambio, pero no la idea de este cambio. O en otras palabras: su revolución fue a la vez un repudiar a España y, postrándose ante sus virtudes, un tributo a sus esencias. Mas lo uno y lo otro, repito, sin haber sido fecundado en aquel centro o embrión vital de la conciencia nacional. Quisiera, en obsequio de una sensibilidad de 20 de julio, discrepar de mi propio parecer. Con todo, recuérdese el Memorial de agravios, escrito por Camilo Torres. Y bien; el ínclito paladín, el verbo flamígero de la revolución, ¿qué argumenta?, ¿qué combate? No os fatiguéis en vano. Allí en tan elevado documento sobresale una sola preocupación, un radical argumento: que los criollos eran tan españoles como los de la Metrópoli y que, en consecuencia, merecían los mismos privilegios —*privilegium* como entendían los latinos para denotar la mayor gracia de un derecho. ¡Es sobremanera, extraordinariamente revelador! Torres no opone una idea a otra idea, ni siquiera levanta, cual el vuelo del Fénix un nuevo sentimiento para vivir la existencia diferente. Es que la razón primera y última de esta ausencia de nuevas ideas, contando con que Torres era un hombre de sobra perspicaz y ajeno a la fullería mental —al *ejusdem furfuris*—, ha de rastrearse en lo que acabo de afirmar.

Pero ahora bien, ¿qué significa este estar en el aire, este vivir al día y este no pertenecer propiamente al mundo hidalgo ni al mundo burgués, por más que se presione indistintamente hacia un lado y hacia otro? ¿Qué significa una ideología poco trabajada, de puertas nacionales para adentro, y sostenida heroicamente por unos cuantos cerebros? Ciertamente, significa turbulencia, impresión, sentimiento, impulsividad, desazón, esperanza, angustia —en fin— extremismo de vida. En todas sus gamas, y por tanto en la economía. Es lamentable que hasta el momento nadie haya intentado acometer un estudio de antropología económica (4) sobre nuestra revolución, donde se analice de modo general como se proyectó la economía, merced a dicho extremismo, en la contextura humana de los patriotas y qué papel desempeñaron los coeficientes económicos en la vida de los dirigentes del movimiento. Esas cosas tremendas y enormes que hoy conocemos con los nombres de sistema monetario, inversión



de capital, política comercial, riqueza, ingreso nacional, ingreso per cápita, etc., también existieron en la colonia y en el siglo XIX, por más rudimentarios que hayan sido. No obstante, nuestro tiempo colombiano actual se niega a penetrar en ese vendaval de apetitos despertados al socaire de la revolución. ¡Qué digo! Al socaire de haberse ido abajo unos valores y unos principios como resultado de su aplastamiento: los del alma hidalga, y a la incapacidad en que se estuvo para levantar otros.

Si no fuera excesivo, e instalándome ya completamente dentro de **Don dinero en la independencia**, esto es, habiéndole dado en los párrafos anteriores una vibración de honda travesía histórica, para que mi ensayo no sea una crítica más de señor K y por lo mismo henchido de despersonalizados aspavientos, yo diría que Arturo Abella ha buscado con su libro hacer una antropología económica en torno a 1810. Obviamente a su modo y con grandes limitaciones. No voy aquí a relatar al lector cuales fueron los negocios y quienes de los próceres los realizaron, con mucha o poca continencia. Así como las otras liviandades descritas por Abella. La verdad es que los Estados no se gobiernan “con padrenuestros en la boca”. Y que si se analizan dos o tres casos de ambición y de codicia se distorsiona el cuadro total, apareciendo “todo el mundo” ora como malvado, ora como ladrón. Definitivamente me importa, según acabo de hacerlo, restaurar el cuadro general dentro del cual ocurrieron las “transacciones comerciales” de que se ocupa este libro. Cosa que no hizo Abella, prefiriendo que su trabajo tuviera carácter de una roma mirada. En efecto, le hace falta escrupulosidad si por tal entendemos esa seriedad con que se debe tratar un tema de sobra digno de valoración ética (5); como él lo aboca claro está, o sea aislando a cada prócer. El remata sus comentarios, o mejor aún, sus noticias, sin hacerse cuestión crítica de ellas, con un dejo de socarronería y humor ácidos que, en rigor, le vienen desde su cotidiano oficio de periodista. Y de periodista combativo. Mordaz y guasón, hace periodismo con la historia, de semejante o parecido modo como en lejanas latitudes —pongo por caso a Truman Capote con la novela— con otros géneros. Pero tampoco debe negarse que esta guasa —sobre todo en nuestra época—, al corregir cierto exceso de envaramiento de los hombres importantes del país, dudando de ellos, poniéndolos entre paréntesis, por lo menos a sus virtudes más externas, oh Gog y Magog, es lo que confiere a sus páginas mucha atracción. Lo cual no quita —vuelvo a repetirlo con otras palabras— su tendencia a superficializar, ya que, cual resonador que repercute una nota, no deja percibir la proporción de la acción del dinero entre los demás ingredientes de la Independencia. He aquí lo contingente, lo limitado de la obra. Más ¿es esto lo definitivo? Desde luego que no. Su mérito consiste, descorriendo velos y tabúes, en provocar la necesidad de escrutar seriamente el papel de la economía y de lo muy humano en cabeza de nuestros próceres, de todos los patriotas —o como dice Abella de “Don dinero, que es “caballero poderoso”. Y aunque este autor no lo acoja, para comenzar hay que hacerlo así: los patriotas, hombres que vivieron intensamente, pero no auténticamente, hombres exaltados, desarraigados, que debieron extenderse más allá de sí con objeto de moverse hacia sí mismos, fueron, en sus negocios, y todavía mejor, en la dirección de la economía, de las especulaciones fincadas en el orgullo y la vanidad hasta las basadas en la ga-



nancia y la utilidad. Y al revés. Porque se encontraron perplejos en el vértice de dos mundos: el de la sociedad tradicional y el de la sociedad moderna (6).

Lector, la vida humana, eternamente magnánima y eternamente mezquina, se mide igual por la apoteosis y el triunfo y por el dolor y la debilidad. Y de ahí que los grandes hombres, los "hombres representativos", los "héroes" de un pueblo, diga y piense lo que quiera una devoción digna del reino de las sombras, pongan ante nuestros ojos lo bueno y lo malo de una sociedad, de una época; esta es su miseria, esta es su gloria.

#### NOTAS:

(1) En política, las exageradas simplificaciones conducen siempre a interpretaciones erradas. El político puede encontrarse viviendo acciones o situaciones ajenas a sus propósitos, las cuales únicamente superará mediante una posición en el poder. Esa merma de poder es lo que se distingue con el nombre de **Realpolitik**: alianzas, concesiones, compromisos, pactos, frentes. De ahí que medidas tomadas con absoluta integridad corran el riesgo de ser valoradas como manipulaciones y ardidés del más bajo oportunismo personal. Puedo entonces tener la avilantez de preguntar, dado que no soy, y dejando de lado mi parvedad mental, moralista ni político: ¿la buena voluntad engendra solo el bien, y lo ruín solo la maldad? Debido a ello es menester que se sepa captar en toda su sutileza el elogio de Maquiavelo a los ciudadanos que anteponen la grandeza de su comunidad a la salvación de sus almas. Podemos, sin embargo, rechazar este trágico dilema. Pero, a pesar de todo, uno no puede negar que de lo privado a lo público media una gran distancia. Y esto no se contradice arguyendo que existe, tal como lo demuestra la experiencia del pasado y el desenvolvimiento contemporáneo de la noción de dirigente, "solo una delgada línea divisoria entre el poder necesario para fines políticos y el poder codiciado para satisfacer objetivos personales". Todo lo contrario. Es su mejor prueba. Pues aquella codicia lo que hace es valerse de una ventaja. De todo lo cual se infiere, en suma, que este "repudio de los actos ruines" es algo muy serio y definitivo como para ir a hacerlo a la bulla de los cocos —según decimos en Colombia—.

(2) "En sus aspectos esenciales la época moderna está llegando a su fin", dice Romano Guardini al comienzo de su libro *El poder*. O sea la que, arrancando de la iniciación del poderío industrial, depositó toda su fe en la tecnología. Tanto, que llegó a identificarlo con el progreso humano y a llevar a sociólogos como Max Weber a glorificar el trabajo, y a exponerse argumentos teológicos en defensa de la máquina. Así, hoy se piensa que el hombre, víctima de la idea unilateral del desarrollo, se ha despersonalizado. Y se observa su enajenación y estandarización aún fuera del proceso laboral. Pesimista o nó esta actitud, demuestra inequívocamente una cosa. A saber: que la tecnología, el desarrollo material y el progreso urbano no se consideran lo mejor de lo mejor. Lo cual equivale a dudar simultáneamente de los valores burgueses. "El hombre ya no puede expresarse en su trabajo", se argumenta al respecto, agregando que una máquina es indiferente a los fines. Por tanto mis afirmaciones del texto no están escritas desde una creencia absoluta en la cosmovisión "moderna". Nótese además que esto no es tan abstracto e indiferente para nosotros los latinoamericanos. En la Declaración de México, suscrita por economistas, catedráticos e investigadores de significación, se puede leer: "la teoría del desarrollo formulada en los países industriales de Occidente, no explica satisfactoriamente los problemas del desarrollo latinoamericano, ni puede, en consecuencia, servir de base a una política capaz de atacar con éxito esos problemas". (Subrayado mío).

(3) La libertad es tan esencial al hombre como su respirar. De donde resulta que si por cualesquiera circunstancias la pierde, él muere. No significa, pues, que unas veces la tenga y otras no. Está "castigado" a ser libre. Y la gravedad y magnitud de esta extraordinaria "condena" se puede palpar leyendo el siguiente párrafo conmovedor de Sartre, en su *La république du silence*: Jamás hemos sido tan libres como bajo la ocupación alemana. Habíamos perdido todos nuestros derechos y, primordialmente, el de hablar; se nos insultaba en la cara cada día y había que callarse, se nos deportaba en masa, como trabajadores, como judíos, como prisioneros políticos; por doquier, sobre los



muros, en los periódicos, en la pantalla, encontrábamos ese inmundo y desabrido rostro que nuestros opresores querían dar de nosotros mismos: a causa de todo ello éramos libres. (...) Puesto que una policía todopoderosa trataba de constreñirnos al silencio, cada palabra se volvía tan preciosa como una declaración de principios (...). Así, el problema mismo de la libertad estaba planteado y estábamos en la frontera del conocimiento más profundo que el hombre puede tener de él mismo”.

(4) Y sobre la sociedad de cualquier época o país. Charles P. Kindleberger en su obra *Crecimiento económico en Francia e Inglaterra; 1851-1950*, anota: “Las grandes teorías del crecimiento económico se abstienen de considerar los complejos hechos de la vida, y las pequeñas teorías con frecuencia se contradicen unas a otras”. De modo que para saber qué es eso de antropología económica se debe buscar en otro lugar. Por esta razón, recomiendo el libro *Antropología económica*, de Melvills J. Herskovitz.

(5) Aunque del Renacimiento para acá se sostiene que aquellos que quieran permanecer fieles a los preceptos de la moral deben ocuparse en otra cosa, menos en la política —*iacose di stato*—, alegando que la vida privada es diferente de la vida pública, el hombre de estado, aún siendo esta diferencia completamente cierta, no puede ni debe estar exento del juicio moral. Tal vez por ello, o para ello, Ortega cuando rechazaba la “frase” de Joseph Chenier: “considerando que no hay grandes hombres sin virtud”, distinguió entre la moral del magnánimo y la moral del pusilánime. Por ejemplo: si a un gran político se le tilda de ambicioso solo se ha dicho una solemne majadería. Conste, en consecuencia, que las virtudes de las “almas chicas” corresponden a los defectos de los grandes hombres. Aclarado lo anterior, se comprenderá por qué se debe y en qué forma juzgar al hombre público. Principiando por sus “obras de odio y de injusticia”. A este último respecto resulta sumamente útil la lectura del libro *Los católicos, la política y el dinero*, por Pierre-Henri Simon.

(6) Según esto, nos acosaría, como a mi juicio nos acosan otras en ideas, en arte y en organización política, una falla profunda en la economía nacional. Ayer, hoy y acaso, mañana... ¿Se quiere comprobarlo? Yo lo voy a verificar con las palabras de uno de los economistas e investigadores jóvenes más importantes y serios de América Latina, las de Alonso Aguilar, uno de los nuevos valores intelectuales de México: “en vez de un capitalismo nacional —escribió en su ensayo *Refutación a teorías sobre subdesarrollo*— pujante, que se traduzca en cambios estructurales profundos y en una rápida acumulación de capital, lo que surge es un capitalismo débil, incipiente, enajenado, inestable y profundamente contradictorio (subrayado mío para que se note su relación con el texto), incapaz de multiplicar las fuerzas productivas”. Este juicio de un “técnico”, que tomado así *in vitro*, nos haría ignorar cuales razones originaron esa contradicción profunda, ¿no queda totalmente aclarado con mi pensamiento sobre el rol del dinero en la Independencia? Ahora bien, esto quiere decir, por otra parte, que continuamos siendo —¿y quien no lo sabe?— una sociedad tradicional, y desde el punto de la sociedad industrial contemporánea, indefinidos, informes, impersonales. O sea que, de acuerdo con esa sociedad, tenemos las siguientes características de un país atrasado: a) sociedad relativamente cerrada; b) imagen bipartidista de la sociedad; c) dos estratos, de tipo estamental o de casta, netamente separados; d) barreras más o menos efectivas en la comunicación entre estos estratos; e) inexistencia virtual de los estratos medios, aunque se observen grupos intermedios y numerosas divisiones internas; f) movilidad social vertical “relativamente” baja; g) base económica típica dada por la posesión de la tierra. Pero no se incurra en la trivialidad de achacar todo ello a los fundadores de la República. Una revolución no es, sino que va siendo; esto es, que va acumulando revolución. He aquí por qué la responsabilidad llega, incluso, hasta nuestros días. ¡Hasta los Discursos —los dioses unánimes “que vivían juntos”— de la actual clase rectora colombiana! Ni se vaya tampoco a incurrir de allí en la estulticia de creer que la actual sociedad de masas, producto de las estructuras del mundo industrial, constituye el nuevo paraíso del hombre. No, no; recuérdese la nota No. 2 de este ensayo, y como ella es poca, váyase al libro de Elémire Zolla, *Antropología negativa*, donde se ve cómo el hombre masa vive indiferente en una atmósfera de pesadilla y acepta sin reservas y rebeldías las coacciones que ejercen sobre él infinitas fuerzas anónimas. Es, en fin, el drama de una criatura que “ha perdido el gusto a la vida y que, no obstante, la sigue buscando desesperadamente”.